

El discurso de la globalización y la nueva desigualdad regional

Luis Enrique Alonso
Universidad Autónoma de Madrid

BIBLID [0213-7525 (1999); 54; 125-145]

PALABRAS CLAVE: Globalización, Desigualdad, Economía regional, Cambio social, Estado del bienestar, Solidaridad, Ciudadanía.

KEY WORDS: Globalization, Inequality, Regional Economy, Social change, Welfare, Solidarity, Citizenship.

*«La nueva geometría refleja un universo áspero, no liso, escabroso, no suave. Es la geometría de lo picado, ahondado y quebrado, de lo retorcido, enmarañado y entrelazado»
James Gleick (1988: 102).*

«La economía por citar el vector que más influye en la realidad actual, parece hoy en día regida por un ente tan abstracto y superior como en los tiempos pudo parecer Eolo, dios de los vientos. El mismo lenguaje recoge ese aspecto ajeno y deshumanizado, y ya nadie se amosca cuando un periódico informa en primero plana que 'El año pasado se perdieron un millón de horas de trabajo y tres mil millones de pesetas', sin especificar quién perdió esas horas y esos dineros, qué gente, que obreros, qué inversores, y sin especificar tampoco lo que va a quedar ese agujero, esa pérdida que así leída parece enorme. En realidad, inquirir alguna respuesta de este tipo no tiene sentido. Las respuesta ya está dada en esa forma verbal, se perdieron. Da la impresión de que las horas, horas sin deudo, se perdieron solas. Igual que las gotas de lluvia, que también caen solas»

Bernardo Atxaga (1997:16).

RESUMEN

La ponencia trata de formular un estado de la cuestión de las transformaciones recientes en las formas de presentar el concepto de región por las ciencias sociales actuales; revisión que se hace a la luz de los cambios que ha sufrido el universo institucional y el conjunto de convenciones teóricas que originan las formas de pensar el territorio en tiempos postkeynesianos, cuando no directamente antikeynesianos. Así el discurso de la globalización ha dejado un estrecho y dependiente marco para pensar lo regional y la sustitución del paradigma de la cooperación y la limitación de las desigualdades territoriales por el de la competencia abierta entre regiones crea un difícil marco para establecer políticas económicas y sociales activas en el marco local que sean capaces de salir de la idea de la pura adaptación a los poderes del mercado mundial. Por ello las ciencias sociales en su estudio del territorio se encuentran con un espacio por recuperar en los procesos actuales de reconstrucción de las políticas públicas postneoliberales.

ABSTRACT

The article tries to formulate a state of the question of the recent changes that have taken place in the form of representing the concept of region in the current social sciences. This revision is made looking for the changes that the institutional universe and the teoretical conventions have suffered, conventions that originate new forms of thinking the territory in postkeynesian times, or directly antikeynesians times. Thus the discourse of the globalization has left a narrow and subordinate frame in order to think the regional problem. The substitution of the paradigm of cooperation –and the reduction of the regional inequalities– for the open competition regions produce a difficult situation in order to take initiatives and active policies in the local envinorement, therfore the only regional possible thought is the pure adaptation to world market. For that reason the social science have in the study of the territory a space to recover in the reconstruction of the postneloiberals public policies.

1. INTRODUCCIÓN

La economía regional pasa por momentos de desorientación y zozobra y, en gran medida este fenómeno de pérdida de identidad dentro del discurso económico viene provocada por la crisis en las convenciones e instituciones políticas que le dieron aliento y la convirtieron en un conjunto de medidas de intervención y limitación de las tendencias causales y acumulativas de los procesos mercantiles encuadrados en el territorio.

No es posible entender, pues, el esfuerzo llevado a cabo para impulsar un conjunto de disciplinas sociales que tenían como eje central la desigualdad espacial y sus posibles correcciones, sin observar que como fondo se encuentra una época histórica presidida por un cuadro político e ideológico de corte abiertamente intervencionista y donde el *pacto keynesiano* regulaba socialmente la economía, generando una amplia serie de medidas parcialmente redistributivas (entre clases sociales, regiones y generaciones) incrustadas en la propia base institucional de la economía regulada de postguerra.

Procedentes de esta *matriz generativa* nos podemos encontrar con un conjunto de actuaciones que se vuelven casi signos de la época; así conceptos tales como planificación indicativa, políticas anticíclicas, planificación regional y urbana, políticas fiscales progresivas, políticas públicas reasignativas, etc; y todos ellos se alineaban tras una filosofía social que se distinguía por su aceptación del *pleno empleo* como objetivo social general y específicamente a nivel regional y de los *fallos del mercado* como obstáculo para conseguirlo.

Por lo tanto, la mano invisible mercantil era necesariamente limitada y relativizada por políticas de reformas sociales cuyo objetivo eran internalizar las externalidades mercantiles y, a la vez, armonizar mercado y sociedad impulsando un desarrollo económico –y sus «*polos*» territoriales– que pudiese ser

suficiente tanto para cubrir el margen de expectativas de beneficio privado como para canalizar parte de las demandas redistributivas de los sectores sociales vinculados al mundo del trabajo.

Esta economía de la cooperación, era la negación de factor del automatismo asignativo del mercado y en su proyección sobre el espacio suponía considerar a las regiones más atrasadas como territorios en los que poner en práctica políticas de sostenimiento y estimulación de la demanda efectiva en base, sobre todo, a la dotación de bienes públicos e infraestructuras civiles. El consenso macroeconómico keynesiano se incrustaba, así, en el territorio haciendo de la región un elemento institucional en que los gobiernos de todos los niveles pasaban a ser generadores activos de actividad económica mediante una ampliación de sus funciones tradicionales, dando ello lugar a un conjunto de políticas económicas que trasladaban al ámbito territorial el equilibrio sociopolítico derivado de la salida de la segunda guerra mundial¹.

2. LA ECONOMÍA REGIONAL SIN PARADIGMA

Con la crisis internacional de los años setenta y la progresiva desregulación y liberalización de todos los mercados –y fundamentalmente de los mercados de trabajo– durante los años ochenta, la política económica regional ha quedado desestructurada y subsumida en las sucesivas oleadas de reestructuración y flexibilización productiva postfordista. No por casualidad es en esta época cuando florece el *minimalismo* de las políticas de *desarrollo local*² empeñadas en neutralizar desde los territorios *micro* la inocultable agresividad social que estaban tomando los mercados macro. Estos intentos de generar desarrollos concretos y locales «de abajo a arriba» han supuesto, quizás más en su teoría que en su práctica, el intento de aprovechar capital humano y cultural, recursos técnicos materiales y naturales y sobre todo formas de trabajo tradicional de la

1. Sirva la cita homenaje a las obras de Perroux (1981), Hirschman (1979) y Myrdal (1973), para dar cuenta de aportaciones clásicas de una forma de ver la economía regional como una estrategia macroeconómica de desarrollo consciente e institucional basada en la corrección de las desigualdades territoriales. En Furió (1996) y Bueno Lastra (1990), el lector podrá encontrar un magnífico resumen de las diferentes contribuciones teóricas y paradigmáticas de la economía territorial. Finalmente en Pujadas y Fout (1998) se halla un completísima recapitulación de las escuelas más importantes dentro de la ordenación territorial y urbana tomada como disciplina que se encuentra en el entrecruce de las diferentes ciencias sociales.
2. En Becattini y Rullano (1996), así como en Garofoli (1986) se encuentran buenas introducciones a los planteamientos centrales de la escuela del desarrollo local, ya hechas con cierta perspectiva histórica.

comunidad para reaccionar contra las negras perspectivas que de manera principal sobre el empleo se estaban realizando para las economías que habían entrado en un ciclo de remercantilización total.

La filosofía de «lo pequeño es hermoso» del desarrollo local, ya sea en su versión italiana o norteamericana³, suponían así el intento de encontrar una senda de crecimiento asistido y a corta distancia en el conjunto de turbulencias institucionalizadas por los mercados internacionales y la fragmentación social derivada. La mezcla de minikeynesianismo y schumpeterianismo de cercanías expresaba ya la ambigüedad y la dificultad que supone para este nuevo paradigma del desarrollo local el intento de apuntalar el pacto Keynesiano en espacios locales y con baja intensidad una vez que había sido dado por finalizado en espacios nacionales e internacionales, lo que pronto acabaría suponiendo que el concepto de desarrollo local fuera la cobertura para prácticas de todo tipo pero fundamentalmente empresarializadoras y subvencionadoras⁴.

En este sentido, las políticas de desarrollo local, difuso o desde abajo una vez desteorizadas y situadas en un contexto general en el que la celebración y la redistribución socialdemócrata era sustituida por el *castigo del mercado* propio del neoliberalismo mercantilizador consagrado como pensamiento único –y por lo tanto pensamiento cero– de la era postkeynesiana; se convertían en mitologías de un cierto desarrollo autónomo que, en el fondo, acababan anticipando –seguramente de manera involuntaria– las políticas de competencia y rivalidad entre regiones y territorios. Hacía, así, su aparición la economía de la puja territorial impuesta por un mercado cada vez más poderoso y una sociedad cada vez más desinstitucionalizada y vulnerable frente a las sucesivas oleadas de disciplinamiento y recorte de los derechos sociales y territoriales, a la vez que se ha observado el repliegue de la razón política frente a los movimientos financieros y las maniobras especulativas de unos capitales internacionales a los que se les han ido abriendo todas las posibilidades no sólo de movilidad sino de dominación simbólica, ideológica y política a nivel internacional.

Los años noventa han supuesto así el triunfo definitivo del discurso de la globalización, convirtiendo con ello a las políticas territoriales regionales en permanentes situaciones de ajuste frente a dinámicas a las que ya no sólo no se intenta controlar o rectificar en sus costes sociales, sino, por el contrario, se tratan de *atraer* como única posibilidad. Las políticas públicas cuando más se

3. Vázquez Barquero (1988) y Piore y Sabel (1990) podrían ser consideradas aquí como buenas muestras de las dos líneas –italiana y norteamericana– de la escuela de desarrollo local a las que aquí nos referimos.
4. Balances críticos de las insuficiencias del discurso teórico del desarrollo local se pueden encontrar en Benko y Lipietz (1994), Delgado (1998) y Hadjmichalis y Papamichos (1990).

convierten en financiadoras públicas para la formación de *atractores* de capital privado en competencia con otras regiones y dando por hecho que el desorden económico nacional o internacional no sólo no es limitable sino que debe ser utilizado en favor del enriquecimiento de esa región o espacio territorial frente a otros sobre los que se tiene que ser más competitiva⁵. El mítico triunfo de la globalización, así, ha supuesto el giro copernicano de la economía regional un giro que amenaza su entierro en un simple fomento del mercantilismo pasivo y complaciente.

Por ello, si hay un tópico del lenguaje al uso y abuso en el léxico cotidiano actual, ese es el de «globalización». Término de orígenes más o menos académicos que ha saltado al mundo periodístico y que poco a poco, a base de ser repetido en todos los foros de la política convencional y por todos los órganos de difusión mediática nacional e internacional, se ha convertido en una especie de verdad generalizada y absolutamente aceptada, sin ningún tipo de matiz. Sin embargo, ese concepto de globalización, tal como se utiliza en estos momentos, es un concepto totalmente paradójico, desde el momento que indica, o bien realidades que ya se produjeron hace muchos años, o bien situaciones que todavía no se han producido, pero que *deben* producirse para cumplir la gran profecía de la unificación mundial. Se mezclan, así, en este concepto de globalización un supuesto proyecto de realidad futura, con transformaciones parciales en los procesos de regulación de la economía mundial y con tópicos absolutamente infundados sobre la creación de una especie de sociedad abierta mundial, creando todo ello una amalgama pseudoteórica prácticamente inservible para analizar e interpretar ninguna realidad social.

En este trance, el concepto de globalización, tal como ha sido utilizado, ha ido generando una *economía-ficción* en el que se subrayan elementos parciales hasta convertirlos en categorías generales, o se dibujan cuadros futuristas sobre el avance unidireccional y seguro de las sociedades y las políticas occidentales, lo que a la vez, hace que este concepto sirva también para ocultar toda una serie de elementos y situaciones fundamentales para entender nuestra sociedad contemporánea. De esta manera uno de estos elementos fundamentales, la relación salarial, es sistemáticamente hecha desaparecer de las versiones más triunfalistas y convencionales –prácticamente las únicas hasta hace poco– del concepto de globalización⁶. El proceso de trabajo, y su inscrip-

5. Una visión general de este proceso se encuentra Lipietz (1998), Petrella y otros (1994) y Gillén Remo (1997).

6. Visiones optimistas y/o triunfalistas en diverso grado son las de Roberstson (1993) –donde se tiende a resaltar los factores de armonización y unificación cultural–; la de Donges (1998) que recoge exclusivamente los efectos positivos sobre el mercado; la de Canals y otros (1997)

ción concreta en el territorio es el gran ausente de las teorizaciones contemporáneas de la globalización y en gran parte, porque estas mismas teorizaciones convencionales de la globalización están hechas para disolver el poder social del trabajo y la capacidad institucional de los territorios.

3. ¿QUE HAY DE NUEVO EN LA GLOBALIZACIÓN?

Como decimos el concepto de globalización es un concepto paradójico. Si atendemos a un buen número de trabajos historiográficos de la transición del feudalismo al capitalismo, podemos asegurar que la mundialización es un hecho consubstancial al propio capitalismo⁷. Nada de nuevo tiene la mundialización si tenemos en cuenta que gran parte que las aportaciones recientes –y no tan recientes– sobre la constitución de un primer orden capitalista mundial están hechas sobre la base teórica de que el primer establecimiento del capitalismo histórico se realizó creando un sistema mercantil mundial. Por lo tanto, resulta no sólo paradójico, sino incluso sorprendente, que se insista ahora en la presentación de un nuevo grado de desarrollo del capitalismo al llegar a su globalización, si realmente esta mundialización existe desde hace quinientos años. Resulta así un esfuerzo baldío, a la vez que sospechoso, el de presentar la mundialización como el eslabón final, o el desarrollo último y más novedoso del capitalismo cuando la mundialización es un hecho consubstancial con la construcción del mismo mercado y que ha dado lugar históricamente a una corriente de flujos internacionales de mercancías, trabajo y capital; flujos que han construido por sí mismos, el espacio natural de actuación y arraigo territorial de la economía de mercado.

Por lo tanto, si esa novedad no es tal, sino un absoluto tópico en la formación de la red internacional de intercambios del propio capitalismo, nos deberíamos de preguntar qué tiene de nuevo el fenómeno de la globalización. La primera, y más evidente, respuesta sobre lo que se encuentra de nuevo en este

sobre las ventajas para las estrategias y la competencia empresarial. Finalmente, desde una perspectiva nominalmente socialdemócrata de «tercera vía», Lafontaine y Muller (1998), encuentran en la globalización la posibilidad de hallar y fundamentar las posibilidades de una nueva economía del crecimiento sostenido y, por lo tanto, de un posible y nuevo reparto de rentas.

7. Simplemente con carácter recordatorio sobre este tema, ténganse en cuenta las siguientes contribuciones realizadas con fechas, estilos intelectuales y escuelas teóricas muy diferentes, pero con resultados bien complementarios, así ver: Arrighi (1994), Braudel (1992), Ferrer (1996) y Wallerstein (1997).

fenómeno en los últimos años, es la agresividad de su presentación retórica, la forma de propagarlo como una realidad que está por encima de los sujetos sociales, lo que le otorga un carácter de no opinable, tendiéndose a producirse independientemente de los poderes, natural y lógico en la evolución unidireccional del mundo. Y esta presentación tan agresiva tiene su relación directa con lo que sí ha sido novedoso en estos últimos años: la aceleración, profundización, extensión e interpenetración de los mercados financieros internacionales, lo que ha supuesto a la vez la debilitación de las políticas de regulación social en torno a los Estados nacionales concretos.

Este capitalismo financiero, cada vez más ligado a la absorción de capitales internacionales por un sistema tremendamente dinámico (e institucionalmente descontrolado) que trata de ampliar los espacios de inversión rentables, es novedoso relativamente con respecto a las convenciones generadas en la salida de la segunda guerra mundial, pero, sin embargo, ni siquiera es novedoso con respecto a períodos anteriores del desarrollo histórico capitalista, como el final de siglo XIX. En este sentido, el fenómeno de la globalización no es tanto la constitución de un sólo mundo homogéneo y abierto –ni siquiera la tendencia a generar un mundo coherente con unos mercados abiertos al flujo de las riquezas internacionales–, sino que debería de conceptualizarse como un cambio de los espacios y modos sociales de regulación en los que se lleva a cabo la acumulación económica⁸, así como de los nichos institucionales en los que se asienta la actividad económica a nivel mundial. La globalización financiera y productiva actual no es, por tanto, ningún cambio ni superación de modelo económico absoluto, sino la transformación de la organización económica de los derechos de propiedad y, por ello, del sistema de poderes que fijan a los sujetos al proceso económico.

De esta manera, hay que continuar diciendo que el Estado/nación no está viviendo ningún declive absoluto, o su irremediable caída final –como las versiones más lineales sean positivas o negativas del proceso de globalización han sugerido–, sino que han cambiado sus funciones económicas y sociales en el espacio de la economía mundo⁹. El Estado/nación sigue siendo fundamental, por tanto, en el mismo proceso de globalización, lo que ocurre es que el Estado/nación interviene de manera diferente a como estábamos acostumbrados a observar en la época del pacto keynesiano. De esta forma han ido cambiando

8. Sobre el cambio de los modos de regulación y los procesos de trabajo asociados a la globalización realmente existente, ver: Lipietz (1985), Aglietta (1998) y Dick (1992).
9. Hannerz (1998), Evans (1994) y Mann (1998), enfatizan desde muy diferentes perspectivas teóricas la importancia actual que tiene el Estado nacional en el despliegue de un capitalismo mundializado, en el que si bien sus funciones se han transformado, esto en absoluto quiere decir que el Estado/nación vaya a disolverse en el flujo de intercambios mercantiles.

los sistemas de intervención pública, porque también han cambiado las formas de despliegue y resolución del conflicto social, y así las principales funciones de los Estados naciones occidentales no son ya las de llevar a cabo acciones desmercantilizadoras o generadoras de espacios en los que no interviene la ley del valor, como en los regímenes socioeconómicos de la postguerra donde la lógica de la reconstrucción económica y la socialdemocratización estructural y material produjeron amplios espacios defendidos de los procesos de oferta y demanda como forma de construcción de un marco institucional de realización de las relaciones capital/trabajo. El modo de regulación fordista-keynesiano le atribuía así al Estado/ nación una función de intermediación en la relación salarial que cada vez realiza de una manera más debilitada y focalizada.

En estos momentos, por el contrario, el Estado/nación es uno de los apoyos fundamentales de remercantilización de la sociedad contemporánea, y por ello, la presentación de la globalización como un fenómeno de desaparición final de los poderes políticos, y de su subsiguiente sustitución por un gran mercado mundial autorregulado cibernético y virtual¹⁰, es una pérdida de la visión institucional en la que se incrusta todo proceso económico, la actualización del viejo mito liberal del mercado libre y sin poderes (la idealización del mercado horizontal de pueblo) extendido ahora a la superficie del planeta. Los mercados están siempre fijados por procesos institucionales y convencionales, así como, por formas de resolución de los conflictos y poderes sociales. En este sentido, la regulación institucional ha cambiado, los Estados intervienen de manera diferente, pero siguen siendo fundamentales en la defensa y constitución de los mercados, incluso de los mercados mundiales.

De esta manera, la reconstrucción de estos nuevos sistemas de circulación internacional de servicios y mercancías serían impensables sin Estados, poderes políticos y procesos institucionales de creación de nuevos espacios y marcos jurídicos que regulan el uso transnacional del trabajo. Por lo tanto, antes que hacer de la globalización, un fenómeno natural, tecnológico o meramente financiero, donde desaparecen los poderes políticos, habría que hablar de una nueva red de poderes políticos, sociales y económicos que se articulan de manera diferente sin perder por ello la importancia que han tenido las instituciones en la creación de los espacios económicos de acumulación.

Como resultado de este proceso, conocemos como grandes territorios económicos emergentes en los últimos años –como los nuevos países industriales asiáticos– se han constituido, fundamentalmente, por férreas políticas

10. Para una revisión de los mitos asociados a la consideración de la creación actual una economía mundial totalmente virtualizada, ver: Lévy (1998), Mickethwart y Wooldridge (1998) y Mattelard (1998).

estatalistas dictatoriales. Así pues, uno de los casos fundamentales para hablar de globalización, como es el de la expansión, profundización, y ahora crisis, asiática del capitalismo –que ha servido para atraer capitales internacionales y multiplicar la escala de los mercados financieros de estos últimos años y hacerlos tambalear en los últimos meses–, solamente podría explicarse por unas durísimas políticas estatales industrializadoras y remercantilizadoras de espacios económicos tradicionales, políticas muchas veces abiertamente antidemocráticas capaces de crear un fordismo autoritario con bases sociales todavía mínimas e instalado sobre un marco de relaciones laborales abiertamente autoritario.

Por ello, presentar la globalización como la creación del avance del desarrollo técnico neutral y un mercado autorregulado a nivel mundial, visión que lleva emparejada siempre la propuesta de que los Estados y las regiones lo único que pueden hacer es recibir el impacto de esa expansión –generando como mucho políticas de ajuste a posteriori o políticas de reorientación de flujos monetarios–, es, en estos momentos, no sólo una concepción prematura, sino también deformante porque pierde de vista los sujetos sociales y políticos concretos que se inscriben en los procesos de trabajo también concretos incrustados en los territorios. Así gran parte de las reconversiones y relocalizaciones de las áreas más activas del capitalismo mundial, consideradas muchas veces como nuevos modelos (y que luego van a ser las bases territoriales fundamentales para la atracción de capitales) han tenido que realizarse por la intervención contundente, muchas veces autoritaria o preautoritaria, de políticas de *workfare* controladas y arbitradas políticamente, creando espacios rentables y desregulando las condiciones de uso del factor trabajo.

En ese sentido, habría que hablar, de varios fenómenos a menudo olvidados. Así, en primer lugar, hay que señalar que junto con la globalización se ha dado la creación de una amplia red de territorios establecidos como taylorismos primitivos y fordismos periféricos en los que se articulan también bases productivas a partir de la utilización de mano de obra barata y utilizada en procesos de trabajo excesivamente duros para poder luego considerar los fenómenos de la globalización como fenómenos meramente financieros, es por lo tanto necesario hablar de que bajo esa globalización financiera/virtual existe también una globalización que podríamos llamar local/material apegada a los territorios, a las instituciones y, sobre todo, a la utilización del trabajo bajo unas condiciones prácticamente prekeynesianas y prefordistas.

Estas industrializaciones periféricas que han generado lo que podríamos llamar unas nuevas economías productivas exportadoras en condiciones sociales institucionalmente endurecidas y forzadas, sin embargo se hacen invisibles en el discurso de la globalización, pues éste oculta toda condición sociolaboral hasta un punto en que lo económico se naturaliza y se presenta como que

funcionan en un mercado abierto y acogedor, reconociendo sólo la señal de la ventaja comparativa y sin que existan pues políticas de ajuste entre Estados, compañías y naciones, en territorios concretos y con condiciones políticas conflictivas que es justo donde se llevan a cabo estas industrializaciones. Ignorar, por tanto, el mundo de la política, los sujetos de poder y los actores sociales, así como la importancia de las políticas de remercantilización y gobernabilidad interesada dentro de la globalización, es uno de los errores actuales que hace desaparecer la relaciones salarial del mundo supuestamente virtual de la internacionalización de los procesos económicos actuales y hace devenir el discurso de la globalización en pura mitología.

Por lo tanto, tenemos aquí una de las bases primeras de lo que llamamos globalización y es la necesidad de una generación de una economía productiva y un proceso de trabajo fuertemente desigualitario internacional que, insistimos, habitualmente ha desaparecido en los discursos convencionales de la globalización. La retórica de la globalización ha olvidado los procesos de trabajo y sobre todo la rearticulación asimétrica de estos procesos de trabajo: postfordismo en el centro, fordismos autoritarios en las periferias. Al presentar la globalización como un proceso de virtualización de la economía y de deslocalización y movilidad productiva absoluta, nos olvidamos también de la relocalización productiva y de los fenómenos de trabajo absolutamente tradicional, de taylorismos opresivos y de fordismos periféricos que han dado lugar y han servido de base económica y material a los procesos de virtualización económica y de economía financiera. Por lo tanto, cuando hablamos de globalización estamos hablando también de una globalización desigual, productiva y antisocial, que tiende además a tener consecuencias para el trabajo de todos los países y que ha supuesto también su utilización como retórica disciplinaria, de características absolutamente autoritarias, usada en aras de una competitividad que no tiene en cuenta los elementos institucionales ni políticos que dan lugar a tal competitividad.

4. REGIONES A LA DERIVA: LOS EFECTOS DESIGUALITARIOS DE LA GLOBALIZACIÓN SOBRE EL TERRITORIO

Como aspecto paralelo a lo que tratábamos en el punto anterior hay que señalar, también, que la retórica de la globalización se ha mostrado en los últimos años como uno de los elementos fundamentales para romper los derechos construidos en torno a los Estados del bienestar y de ciudadanía social y laboral, asentada, a su vez, sobre las bases del trabajador fordista normalizado que

había generado el modelo de regulación keynesiana en los países centrales tradicionales. Esto no quiere decir que se haya producido una disolución absoluta de esta ciudadanía laboral y que no haya unos elementos de distancia considerables entre los derechos sociales y el grado de madurez de la norma de consumo en los países centrales con respecto a los países periféricos neoindustriales o tradicionales, pero sí que la desregulación de los mercados a nivel transnacional ha inducido a la creación de una nueva dualización en los procesos productivos de los propios países centrales generando un mayor número de bandas frágiles y sujetos sociales débiles vulnerabilizados por el desarrollo económico.

La globalización es un hecho de ida y vuelta, del centro a la periferia y de la periferia al centro al haber roto en última instancia lo que podríamos llamar el concepto keynesiano del bienestar en los países de industrialización histórica. La globalización, como hecho, ha tenido efecto fundamentalmente precarizante, aumentando el riesgo y la fragmentación social¹¹, generando un discurso de la máxima rivalidad entre personas y territorios e institucionalizando el uso del trabajo como un proceso asocial, individualizado y solamente explicado por los ciclos de expansión y recesión de los propios ciclos de negocio capitalista. Por lo tanto, los efectos de la globalización no sólo son los espectaculares efectos financieros en cadena, o los efectos de una nueva cultura de consumo internacional, también son los efectos sobre la desaparición del trabajo como hecho regulado y defendido por una ciudadanía social resultante de los pactos sociales del keynesianismo, trabajo ahora convertido en microservicio contratado en función de las necesidades exclusivas de la actividad mercantil y negociado a la baja al volverse un factor sobrante en el contexto mundial.

Esta globalización dual ha generado, de este modo, por una parte, grandes sectores cada vez más defensivos, más atacados por lo que son los procesos de desarticulación y de rearticulación productiva internacional, y a la vez otras nuevas élites globalizantes, ligadas a las clases medias altas promocionales, y que tienen su horizonte no en un pacto keynesiano, sino su adhesión hacia los valores más productivistas y autoritarios del capitalismo global. Por lo tanto, cuando estamos hablando de globalización hay que relocalizar este discurso en elementos materiales claros: es cierto que la globalización supone el triunfo de una economía cada vez más virtual y desmaterializada, que impone valores culturales universales, que tiene un efecto de homogeneización de modas y de discursos tecnológicos, fundamentalmente ligados al triunfo de occidente, pero también es un proceso que disuelve solidaridades y seguridades,

11. Las vinculaciones entre globalización y sociedad del riesgo institucionalizada, se encuentran resaltadas en Beck (1998) y Martin y Schmann (1998).

rompe instituciones, crea incertidumbre y rivalidad y consagra el descompromiso entre regiones y territorios.

El discurso de la globalización, por lo tanto, puede ser hecho con un carácter apocalíptico o integrado, negativo y crítico o positivo y laudatorio, pero desde luego tienen que ser contextualizadas en los procesos productivos, y estos procesos nos indican no es que la globalización sea un hecho homogéneo y universal, sino que es un hecho fundamentalmente fragmentador que ha dado lugar a la aparición de nuevos espacios locales de regulación del capitalismo. A este fenómeno trata de referirse el cada vez más famoso término de *glocalización* al conceptualizar la mezcla de globalización económica y cultural con la localización política y de las propias políticas de intervención estatal, proceso que da lugar a que en estos últimos años a la creciente aparición de espacios intermedios, nuevas zonas, nuevas regiones, que no son los Estados/nación tradicionales –ni siquiera regiones geográficas entendidas de manera tradicional–, pero que tampoco se entenderían muchas veces sin la intervención del poder político y económico de estos Estados nacionales para su aparición y reforzamiento actual.

Si fundamentalmente las intervenciones de los Estados de los últimos años han sido de reconstrucción de nichos espaciales adaptados a los dictámenes de una economía cada vez más ligada no tanto al mercado como al propio poder de los capitales más activos, y si la reconstrucción de estos nichos espaciales significan la eliminación o por lo menos la minoración de los controles sociales para los movimientos y los usos de los capitales, es evidente que las tendencias sociales de este tipo de dinámicas tienen que ser forzosamente desigualitarias. Si ya desde los años cincuenta se hablaba académicamente de los circuitos de causación circular¹², es decir las situaciones en las que los espacios más ricos, más poderosos, con mayores recursos absorben los capitales y los recursos de otras zonas más pobres, en la actualidad sólo se puede diagnosticar el reforzamiento e institucionalización de estas tendencias desigualitaria acumulativas. Así cuando contemplamos fenómenos como las nuevas ciudades globales –grandes espacios urbanos que son atractores económicos, de capital, incluso de ofertas culturales–, y toda la política del *city marketing*, se nos está mostrando que las grandes y poderosas áreas urbanas en donde se da la innovación económica y tecnológico, son espacios especialmente reforzados en este nuevo capitalismo mundializado que no es un conjunto de intercambios homogéneos y horizontales sino una superposición de jerarquías y

12. Es evidente que el concepto de causación circular es uno de las aportaciones centrales de Myrdal (por ejemplo 1973) y está especialmente bien examinado y contextualizado en el trabajo de Peltier (1990).

poderes que deja cada vez más franjas olvidadas y atrasadas, más espacios vulnerables frente a situaciones en las que se relocalizan y realzan los espacios de poder.

El efecto fragmentador que este supone la remercantilización extensiva e intensiva del territorio asociado a la retórica de la globalización financiera y comunicacional, está suponiendo hasta el desmigajamiento institucional del concepto mismo de región al ser el espacio ahora tomado desde su estructura funcionalidad en la red de intercambios mercantiles. La región considerada en su dimensión política e institucional suponían la dimensión de un *desarrollo* consciente y buscado por los actores con efectos sociales buscados y racionalmente anticipados, pero cuando este concepto de desarrollo es sustituido por el de simple impacto de una actividad económica anónima y voluble, lo que nos queda es la idea de un área, plataforma, corredor o incluso ciudad atravesada o no por las franjas y redes desplegadas por la actividad empresarial.

Los efectos acumulativos y de causación circular de las distintas áreas trascienden ahora la razón histórica de la región al entender lo social como una «consecuencia no querida» o subproducto de la acción económica. Las regiones así se resquebrajan por sus líneas de avance de la capitalización privada y lo público a lo más que puede llegar es a realizar políticas paliativas o asistenciales pues las fuertemente redistributivas están literalmente desestimadas en el ideario del pragmatismo económico al uso y abuso. En ese sentido la economía de los años ochenta y noventa ha ido generando estos espacios y estos círculos de causación a todos los niveles sociales: las clases medias altas promocionales han absorbido los recursos de las clases medias bajas y de las clases industriales tradicionales; las zonas de alta tecnología y de alta posibilidad de valorización del capital económico han absorbido los capitales y las políticas de intervención de las zonas de recursos medios y bajos. Del mismo modo, se produce una fuerte tendencia a la utilización de los recursos públicos para políticas de mantenimiento de la competitividad privada, el caso de las subvenciones y transferencias al capital privado por el uso del trabajo e incluso en políticas de desfiscalización, incentivos y pujas para facilitar la localización de las empresas transnacionales en un territorio, son buen ejemplo de la sustitución de las políticas fiscales sociales progresivas por políticas de gasto de fuerte contenido productivista y privatista.

Las barreras y fronteras sociales y espaciales se multiplican allí donde el mercado funciona de manera absolutamente autónoma¹³ y las políticas econó-

13. Sobre la fragmentación, la economía del archipiélago y la reordenación de poderes del archipiélago, véanse Veltz (1996), Alós y Jodar (1998) y Sassen (1996).

micas son más para incentivar la competencia entre territorios y la atracción de los capitales inversiones de la localización de actividades o los flujos de demanda de bienes y servicios incluido los turísticas, que para corregir las desigualdades o para impulsar un desarrollo con cierta autonomía e independencia de iniciativas. El *localismo*¹⁴ generado así por las economías de los remolinos financieros y los atractores subvencionados de capital –donde se utilizan fundamentalmente fondos públicos para facilitar la localización mercantil con los consiguientes efectos de privatización de las riqueza y socialización de los costes– es la expresión de una nueva desigualdad en la globalización donde al romperse el pacto Keynesiano los archipiélagos tecnológicos, financieros y culturales de alta velocidad de cambio y densidad de acumulación se distancian y, a su vez, relegan a la vulnerabilidad y la competencia defensiva y antisocial a los territorios, incapaces de acomodarse en la primera línea de la economía y la sociedad red.

5. PROCESO DE TRABAJO Y TERRITORIO: ¿HACIA UN NUEVO CONTRATO LOCAL?

Estamos, por tanto, en un cambio en los espacios y modos de regulación social del capitalismo actual, situación que no representa un cambio homogéneo –hacia una especie de capitalismo horizontal y recíproco a nivel mundial¹⁵–, sino una rearticulación de las redes institucionales y de poder incrustadas en los espacios locales, nacionales y transnacionales. Espacios en los que se entrecruzan dinámicas de mercado, estrategias de grandes multinacionales, movimientos sociales y poderes locales o nacionales, líneas conflictivas que se articulan en un proceso de fuerte complejización del capitalismo internacional contemporáneo, capitalismo que no sólo no ha superado el trabajo, sino que

14. Sobre el *localismo* político y social asociado al proceso paralelo de globalización económica, véanse Preteceille (1994) y Power (1998).

15. Para un análisis del mito del mercado autorregulado, la referencia clásica es el indispensable libro de Polanyi (1989); autores como Piven (1995), Todd (1998) y Delgado (1997), estudian con agudeza como el actual discurso de la globalización representa actualización y extensión de las convenciones más manidas de la economía liberal sin que tal discurso aporte novedad teórica alguna o capacidades interpretativas que vayan más allá de los prescripción antiintervencionistas (y antisociales) de los discursos conservadores de los últimos doscientos años. Doremus y otros (1998) concretan este enfoque en las empresas multinacionales, desmontando cualquier visión que autonomice a este tipo de empresas del funcionamiento de los poderes políticos y de las estrategias de control del mercado por medio de prácticas colusivas.

necesita el trabajo como elemento fundamental para reconstruir sus propios espacios de acumulación mercantil y financiera.

Hacer desaparecer, por lo tanto, el proceso y los usos del trabajo en los análisis de la globalización –reducir este fenómeno a un simple hecho de expansión financiera e intercambio perfecto–, es precisamente dejarse llevar por los cantos de sirena de esta globalización virtual sin analizar cuales son los costes sociales de este proceso y, sobre todo, cuales son las formas de incrustación concreta de los procesos económicos en los territorios geopolíticos y los espacios sociales. Es cierto que gran parte de los procesos que estamos viendo son procesos que necesitan de unas fuertes condiciones financieras de inversión y que la economía cada vez está más ligada a un gobierno de las finanzas internacionales, pero todo esto no podría realizarse sin bases productivas y relaciones salariales instituidas, condiciones que implican modos de utilización del trabajo, y estos modos están cada vez más gobernados por la entropía institucional, por el desorden sistemático de las trayectorias biográficas de los sujetos más vulnerables, por la desregulación de los mercados laborales y, en fin, por el uso sistemáticamente antisocial de el trabajo.

Uso sistemáticamente antisocial que se ha extendiendo de la periferia al centro, que ha ido generando una nueva cultura de la competitividad o de la defensa individualizada de las condiciones de asalarización y que anunciando estratégica y disciplinariamente la necesidad de introducir en todo el mundo modos de vida derivados de un fordismo periférico trata de imponérselos a los viejos territorios del pacto keynesiano y las zonas con derechos colectivos laborales históricos instituidos. Nuevas oleadas de deslocalizaciones y relocalizaciones productivas se vienen conociendo dentro de los territorios históricos de los países convencionalmente considerados como más adelantados, dando carta de naturaleza a zonas socialmente inestables y territorios vulnerables, generando una nueva economía de los servicios degradada y degradante, que en muchos casos recuerda, al fin y al cabo, a un uso decimonónico de la mercancía trabajo, utilización propia de los años precedentes a la instauración de los derechos laborales colectivos, a la reforma de la relación salarial y a la gestión pública de «la cuestión social». Situación que para algunos autores supondría, en buena medida, que estamos en el reconocimiento final de que el Estado del bienestar presente en su forma socialmente más potente desde finales de los años cuarenta hasta los años setenta, fue casi una excepción histórica ligada a la reconstrucción de la segunda guerra mundial y a la guerra fría entre grandes bloques¹⁶.

16. Para profundizar en el tema del proceso de globalización como un ataque contra los presupuestos del Estado del bienestar, y la ciudadanía laboral y social keynesiana, así como las posibles vías de reconstrucción de esa ciudadanía, véanse Teeple (1995), Shutt (1998) y Alonso (1999).

En estos momentos, la reconstrucción de espacios cada vez más amplios y liberalizados del uso del capital, parece que hacen que las fuerzas de trabajo hayan perdido toda posibilidad de generar un pacto keynesiano de las características del que había cristalizado en la edad de oro de la socialdemocracia realmente existente (nacional, laboral, de familias de clase media, circunscrito a menos de una docena de países de todo el mundo). Parece que la única manera de reconstruir un nuevo pacto social es, por una parte, tener objetivos mundiales, pero también garantizar modos de gestión y participación abiertamente localizados y acercados a los ciudadanos y espacios concretos, pacto en el que se integren, además nuevos sujetos sociales (minorías étnicas, nuevos movimientos sociales, franjas de edad laboralmente sacrificadas, comunidades especialmente castigadas, etc.).

En este sentido hay que tener en cuenta que el horizonte de reconstrucción de una ciudadanía laboral tendrá que ofrecer una perspectiva que introduzca sujetos sociales nuevos y que tenga en cuenta la enorme movilidad del trabajo a la que ha dado lugar el modelo postfordista, es decir, que tenga en cuenta que no solamente hay nuevos trabajadores en situaciones de taylorización disciplinaria en los países semiperiféricos, sino que también existen otras nuevas regiones en el centro presididas por un nuevo colonialismo interno y por usos de trabajo cada vez más dependientes y precarizados. Nuevos sujetos débiles y frágiles son introducidos e incrustados en todas partes por esta economía de los servicios degradados que se generalizan en las regiones y grupos sociales «que pierden» dentro del último despliegue del occidente desarrollado.

La globalización tiene, pues, otra cara, que es la de haber generado sujetos débiles que necesariamente deben ser tenidos en cuenta para construir un nuevo pacto keynesiano. Sería imposible, por lo tanto, reconstruir cualquier política social postneoliberal sin observar que la nueva economía de los servicios en occidente ha generado estos sujetos frágiles y débiles, inmigrantes, jóvenes, mujeres en trabajos absolutamente precarios, etc. La nueva ciudadanía laboral no podrá ser sólo el descongelamiento de la ciudadanía industrial, sindicalista y masculina que había diseñado en su centro el fordismo keynesiano, tendrá que ser una reconsideración contextualizada, una recuperación del trabajo como un ente cada vez más diverso y diversificado a nivel internacional, pero mejor afianzado a nivel territorial. La región se ha convertido en un simple espacio para la competencia a la baja para adaptarse siempre mal y tarde a los designios de permanente desregulación social impuestos por el mercado mundial, pero también puede ser un espacio concreto para reconocer y dar cabida a los sujetos sociales, un espacio institucional para reconstruir una nueva alianza de las formas concretas de trabajo y vida. La región que viene no se puede construir sólo perfilada por el mundo económico mercantil (para atacar o defen-

derse en él), sino que está llamada a ser un anclaje para la nueva constitución de una ciudadanía que suponga una nueva visibilización del trabajo.

Hoy parece que el trabajo ya no tiene ningún valor fundamental en la economía global. En los discursos oficiales la relación salarial se muestra como una variable necesariamente flexibilizada y desinstitucionalizada, dependiente sólo de los procesos empresariales, tecnológicos y financieros, procesos que al ser ahora presentados en su versión de máxima extensión internacional, aparecen de manera anónima y mundializada, tomando la forma de un mecanismo incontrolable, sin sujetos, fines, poderes o responsables, sin ganadores o perdedores; es la forma teológica de presentación del mercado como fin de la historia, las ideologías, los hombres, el poder y prácticamente de todo lo que no sea el propio mercado. Estas metáforas meteorológicas –o incluso teológicas– vuelven a instaurar la imagen de una economía que se autorregula y que son en sus múltiples turbulencias y calmas donde se generan (en ciclos y circuitos absolutamente independientes de los poderes reales y prácticamente insondables para las personas) trabajos cada vez más considerados como providenciales –llovidos del cielo–; quedando en desuso ya definitivamente el argumento keynesiano central: que el desempleo masivo es el principal azote del capitalismo y que la responsabilidad macroeconómica por el pleno empleo es la primera y más importante función activa de los gobiernos¹⁷.

En ese sentido, frente al discurso abstracto de la globalización en la agenda de la economía regional está por recuperar la figura del trabajo y el pleno empleo como esfuerzo político institucional de los territorios concretos, recuperando, además, la fusión entre una conciencia local no excluyente con un internacionalismo realista y socialmente fundado que no solamente se proyecta hacia afuera sino también hacia adentro debido a los fenómenos de inmigración y agregación multicultural y multiétnica que estamos conociendo. Todo esto implica, también, hacer que los sujetos reales vuelvan a tomar lugar en la economía, sea ésta considerada como disciplina profesional o como ejercicio académico. La economía regional está obligada a considerar actores sociales en contextos locales reales, no hay economía sin sujetos instituidos, lo que representa un programa y una agenda de temas diametralmente opuesta a la que hemos conocido en los últimos años, donde los sujetos más poderosos han

17. Sobre el desarrollo, crisis, transformación y posible renacimiento de la macroeconomía keynesiana, tomada como proyecto de equilibrio en el territorio de las funciones acumuladoras, legitimadoras y socializadoras del Estado capitalista, ver Torres López (1995), Teulon (1998) y Galbraith (1997). En un ámbito más general las relaciones entre modernización cultural, desarrollo económico y Estado del bienestar, se encuentran bien estudiadas en O'Brien y Penna (1998).

absorbido el pensamiento y han generado un proceso ideológico de tal poder que ha dejado la misma idea de redistribución social fuera de la economía posible de las naciones.

En ese sentido, uno de los elementos fundamentales para limitar el velo de la ignorancia que nos ha impuesto ese discurso de la globalización como globalización positiva y necesaria es visibilizar el trabajo como relación social instituida y políticamente mantenida, volver a darnos cuenta de que no solamente existe un empleo fortuito e individualista por el que pujan las personas de una manera absolutamente competitiva, en una economía absolutamente autorregulada por la que pujan las empresas en un mundo de procelosa competitividad, sino que existen regulaciones institucionales y que estas regulaciones institucionales son el producto de la resolución de conflictos políticos, laborales y sociales en espacios concretos¹⁸. De esta manera el estudio de los procesos de trabajo concretos en sus nichos territoriales concretos –las formas en que se interseccionan en los espacios locales reales los procesos del trabajo, de inversión y políticos, que sintetizan dinámicas con orígenes diversos, sean nacionales, locales o multinacionales– y de los nuevos procesos de desigualdad que se han producido en estos últimos años, derivados de la diversidad social que se ha generado en torno a la red complejizada de la economía postfordista, es el mejor análisis de la globalización que podemos realizar desde una economía regional tomada como disciplina renovada.

18. Para un estudio de la globalización como inscripción en el espacio de las tensiones, luchas y pujas de poderes asimétricamente desplegados: Harvey (1995), Hirst y Thompson (1996) y Reich (1993).

BIBLIOGRAFÍA

- AGLIETTA, M. (1998), "Réguler la globalisation financière", en CEPIL, *L'économie mondiale 1999*. París, La Découverte.
- ALONSO, L.E. (1999), *Trabajo y ciudadanía: estudios sobre la crisis de la sociedad salarial*, Madrid, Trotta.
- ALÓS, R. Y JÓDAR, P. (1998), "Nuevos cambios y viejas divisiones. Globalización del capital y segmentación del trabajo", en Vence, X. y Outes, X.L. (Eds.), *La Unión Europea y la crisis del Estado del Bienestar*, Madrid, Síntesis.
- ARRIGHI, G. (1994), *The Long Twentieth Century Money, Power and the Origins of Times*, Londres, Verso.
- ATXAGA, B. (1997), "Globalización y fragmentación" en Jarauta, F. (Ed.), *Globalización y fragmentación del mundo contemporáneo*, Donostia, Diputación Foral de Gipuzkoa.
- BECATTINI, G. Y RULLANI, E. (1996), "Sistemas productivos locales y mercado global", en *Información Comercial Española*, nº 754, junio.
- BECK, U. (1998), *¿Qué es la globalización?. Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós.
- BENKO, G. Y LIPIETZ, A. (1994), "El nuevo debate regional", en Benko, G. y Lipietz, a. (Ed.), *Las regiones que ganan*, Valencia, Alfons el Magnánim.
- BRAUDEL, F. (1992), *La dynamique du capitalisme*, París, Flammarion.
- BUENO LASTRA, J. (1990), *Los desequilibrios regionales. Teoría y realidad española*, Madrid, Pirámide.
- CANALS, J., GARCÍA PONT, Y BALLARÍN, E. (1997), *Globalización. Hacia la interdependencia*, Barcelona, IESE/Folio
- DELGADO, M. (1997), "La gobalización. Actores y Atrezzo", en Jérez, A. (Ed.), *¿Trabajo voluntario o participación?. Elementos para una sociología del Tercer Sector*, Madrid, Tecnos.
- DELGADO, M. (1998), "Integración y reestructuración desde la periferia europea", en Vence, X. y Outres, X.L. (Eds.), *La Unión Europea y la crisis del Estado del bienestar*, Madrid, Síntesis.
- DICKEN, P. (1992), *Global Shift. The Internationalization of Economic Activity*, Londres, Chapman.
- DONGES, J.B. (1998), *Hacia una economía abierta y global*, Madrid, Idelco.
- DOREMUS, P.N. y otros (1998), *The Myth of the Global Corporation*, Princeton (N.J.), Princeton University Press.
- EVANS, D. (1994), "Manos visibles e invisibles en la reforma de la política comercial" en Colclough, C. y Manor, J. (Eds.), *¿Estados o mercados?. El neoliberalismo y el debate sobre las políticas de desarrollo*, México, Fondo de Cultura Económica.

- FERRER, A. (1996), *Historia de la globalización: orígenes del orden económico mundial*, México, Fondo de Cultura Económica.
- FURIÓ, E. (1996), *Evolución y cambio en la economía regional*, Barcelona, Ariel.
- GALBRAITH, J.K. (1997), "The Future of Macroeconomics: The Clinton's Administration Vision", en *Challenge* nº 48, vol 3, julio-agosto.
- GAROFOLI, G. (1986), "Modelos locales de desarrollo", en *Estudios Territoriales*, nº 22.
- GLEICK, J. (1988), *Caos*, Barcelona, Seix Barral.
- GUILLÉN ROMO, H. (1997), *La contrarrevolución neoliberal*, México, Era.
- HADJIMICHALIS, C. Y PAPANICHOS, N. (1990), "Desarrollo local en el Sur de Europa: hacia una nueva metodología" en *Revista de Estudios Regionales*, nº 26.
- HANNERZ, U. (1998), *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Madrid, Cátedra.
- HARVEY, D. (1995), "Globalization in Question" en *Rethinking Marxism* nº 8, vol. 4.
- HIRSCHMAN, A.O. (1979), *La estrategia del desarrollo económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 3ªed.
- HIRST, P. Y THOMPSON, G. (1996), *Globalization in Question*, Cambridge, Polity Press.
- LAFONTAINE, O. Y MULLER CH. (1998), *No hay que tener miedo a la globalización*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- LÉVY, P. (1998) *Qu'est-ce que c'est le virtuel?*, París, La Découverte.
- LIPIETZ, A. (1985), *Mirages et miracles. Problèmes de l'industrialisation dans le Tiers Monde*, París, La Découverte.
- LIPIETZ, A. (1998), "El mundo del postfordismo", en AA. VV., *El libro de las 35 horas*, Barcelona, El Viejo Topo.
- MANN, M. (1998), "¿Acaso la globalización ha puesto fin al progresivo auge del Estado-nación?", en Paniagua, J. y Piqueras, J.A. (eds.), *Poder económico y poder político*, Valencia, Fundación de Historia Social.
- MARTIN, H.P. Y SCHUMANN, H. (1998), *La trampa de la globalización*, Madrid, Taurus.
- MATTELARD, A. (1998), *La mundialización de la comunicación*, Barcelona, Paidós.
- MICKLETHWAIT, J. Y WOOLDRIDGE, A. (1998), *La hora de los gurus. Visionarios y nuevos profetas de la gestión empresarial*, Madrid, Alianza.
- MYRDAL, C. (1973), *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, México, Fondo de Cultura Económica, 4ª reimp.
- O'BRIEN, M. Y PENNA, S. (1998), *Theorising. Welfare*, Londres, Sage.
- PELTIER, J. (1990), "Myrdal et le concepts imprégnés de valeurs" en Dostaler G. y otros (Eds.), *Gunnar Myrdal y su obra*, París/Montreal Economica /Les Presses de l'Université de Montreal.

- PERROUX, F. (1981), *Poder y economía*, Madrid, ICE Ediciones.
- PETRELLA, R. y otros, (1994), *Limits to Competition. The Group of Lisbon*, Nueva York. The Goulbenkian Foundation
- PIORE, M. Y SABEL, CH. (1990). *La segunda ruptura industrial*, Madrid, Alianza.
- PIVEN, F.F. (1995), "Globalisation de l'économie o liberalisme" en *Actuel Marx*, nº 15, noviembre.
- POLANYI, K. (1989), *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta.
- POWER, K. (1998), "La globalización del locus" en Castro, I. (Ed.), *El aliento de lo local en la creación contemporánea*, Madrid, Editorial Complutense.
- PRETECEILLE, E. (1994), "Paradojas políticas de las reestructuraciones urbanas globalización de la economía y localización de lo político", en Alabart, A., García, S. y Giner, S. (Eds.), *Clase, poder y ciudadanía*. Madrid, Siglo XXI.
- PUJADAS, R. Y FOUT, J. (1998) *Ordenación y planificación territorial*, Madrid, Síntesis.
- REICH, R. (1993), *El trabajo de las naciones*, Buenos Aires, Javier Vergara.
- ROBERTSON, R. (1993), *Globalization. Social Theory and Global Culture*, Londres, Sage.
- SASSEN, S. (1996), *Losing Control?. Sovereignty in a Age of Globalization*, Nueva York, Columbia University Press.
- SHUTT, H. (1998), *The Trouble with Capitalism. An Enquiry into the causes of Global Economic Failure*, Londres, Zed Books.
- TEEPLE, G. (1995), *Globalization and the Decline of Social Reform*, Toronto, Garamond Press.
- TEULON, F. (1998), *L'État et la politique économique*, París, Presses, Universitaires de France.
- TODD, E. (1998), *L'illusion économique. Essai sur la stagnation des sociétés développées*. París, Gallimard.
- TORRES LÓPEZ, J. (1995). *Desigualdad y crisis económica. El reparto de la tarta*. Madrid, Sistema.
- VÁZQUEZ BARQUERO, A. (1988). *Desarrollo local. Una estrategia de creación de empleo*, Madrid, Pirámide.
- VELTZ, P. (1996), *Mondialisation: Villes et Territoires L'Économie d'archipel*, París, Presses Universitaires de France-
- WALLERSTEIN, I. (1997), *El futuro de la civilización capitalista*, Barcelona, Icaria.